

ce tres siglos al volar al cielo desde la colina de Nangasaki.

¡Glorioso protomártir del Japón y de México! Lanza una mirada protectora al suelo en que naciste, y ayúdanos en la obra de expiación que en tu honor emprendemos. La causa de casi todas las persecuciones, la ocasión de los crímenes por los cuales nos proponemos desagraviar al Dios tres veces Santo, ha sido la desunión entre los mismos cristianos, la ambición y la codicia de los que debieran ser el desinterés mismo, el espíritu de predominio sobre nuestros hermanos. Haz que la Jerarquía Mexicana forme siempre un solo corazón y una sola alma, que las familias religiosas trabajen unidas en la Viña del Señor, que todos los cristianos de la tierra que te vió nacer se amen los unos á los otros y que la sangre que derramaste hace trescientos años, caiga sobre tus compatriotas como suave rocío de gracias escogidas que nos merezcan el cielo donde nos aguardas.

Así SEA.



## PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, PREDICADO EN LA IGLESIA

DE SANTO DOMINGO DE MÉXICO EL 4 DE AGOSTO

DE 1896.



*Non est huic alter similis: da  
mihi eum.*

Dámela: no hay otra espada cu-  
yo temple se le asemeje.

I REG. XXI. 9.

**P**ERSEGUIDO David por el ingrato Saúl, se acogió al amparo del sacerdote Aquimelec. Dame, le dijo, algún alimento con que satisfacer el hambre que me acosa; si no hay otros á mano, suminístrame aunque sea los cinco panes de la proposición. Refocilado el fugitivo con el pan bendito, aún le resta un favor que pedir al compasivo Pontífice. Estoy sin armas, exclama: ¿no tienes, por ventura, alguna lanza, alguna espada que me prestes, para defenderme de los enemigos míos y de mi Dios? No tengo más que una arma, replica el ministro del Altísimo, que bien conoces, y que envuelta en rico paño guardamos como trofeo de guerra, junto al Efod sagrado. Es aquella espada del Filisteo Goliath, que tú le quitaste en el Valle del Terebinto é hiciste tuya cortando con ella la cabeza al feroz Gigante. Los ojos de David centellean á la vista de aquella arma preciosa, y exclama alborozado: dámela, no hay otra cuyo temple se le asemeje. *Non est huic alter similis: da mihi eum.*

Una escena parecida á la del Santuario de Nobe se verificaba, veinte siglos después, en una catedral de Castilla la Vieja, no por cierto la primera entre las monumentales Basílicas de aquella región; pero sí la más cara á todo mexicano, porque guarda los restos del Obispo más santo de nuestra Angelópolis. Un gran Prelado, que al empezar el siglo XIII acababa de suceder en la silla de Osma á otro no menos grande, conversaba sobre asuntos divinos, con un joven miembro de su Cabildo. Pan le pedía éste á semejanza de David, pan espiritual con que saciar el hambre de perfección que lo atormentaba, y una espada con que combatir á los enemigos de la Fe, que en número infinito y bajo diversas formas y denominaciones, tenían cercada á la Iglesia de Cristo.

Era Diego de Acevedo uno de esos Prelados que, como sus contemporáneos los de Ravena y de Chartres, como más tarde Carlos Borromeo, como en nuestros días los dos primeros Arzobispos de la restaurada Jerarquía de Inglaterra, piensan que la fuerza del jefe de una diócesis consiste en convertir al clero diocesano en clero regular, y en tener, además de los cuerpos especiales que con cierta independencia le ayuden, una legión selecta á sus propias órdenes, ligada con mayores vínculos que el resto de su místico ejército, dispuesta siempre á ejecutar sus mandatos bajo su inmediata dirección, y adherida firmemente al rebaño y al Pastor, á sus conmitones y á su Caudillo. Antes de ascender al episcopado había ayudado eficazmente á su Venerable Predecesor en la ardua tarea de transformar el Cabildo, de que era primera dignidad, en comunidad de Canónigos Regulares bajo la regla de San Agustín. Una vez en la cáte-

dra episcopal, se consagró con más ardor á la consumación de su empresa, y para ella contaba principalmente con el joven sacerdote, por él atraído á la vida monástica, y cuyo corazón se hallaba cada día más ávido de avanzar en la senda de la perfección.

Era éste de la noble raza de los Guzmanes, y al nacer hacía 30 años en la villa de Caleruega, había recibido, y no por casualidad, el nombre de Domingo, ya sea porque estaba destinado á ser Apóstol del Señor, ya sea porque el valeroso Abad Domingo de Silos lo tomaba desde el cielo bajo su protección. Presagios sobrenaturales habían precedido y seguido á su nacimiento. Su santa madre lo había visto representado bajo la figura, que hoy nos es tan familiar, de un cachorrillo blanco y negro, que con una tea encendida, ponía en conflagración el mundo entero. Su madrina, al llevarlo á la fuente bautismal, había contemplado sobre la frente del recién nacido brillantísima estrella. Pero después de estos portentos, su infancia, su adolescencia y su primera juventud, se habían deslizado tranquilas, sin esas manifestaciones de heróicas virtudes que se ven en algunos predestinados. Su tío materno, el Arcipreste de Gumiel, le había enseñado las primeras letras; en la Universidad de Palencia, cuna de la famosa de Salamanca, había cursado la Filosofía y la Ciencia Teológica. Había recibido las órdenes sagradas confundido con otros muchos candidatos al sacerdocio; pero entre todos, el ojo perspicaz de Acevedo había entresacado al caritativo mancebo que en la peste de Palencia había vendido hasta sus libros por socorrer á los enfermos, y lo había constituido sub-prior de los Canónigos Regulares de su Catedral.

Tal era el Pontífice, tal era el joven, que se encontraban frente á frente como Aquimelec y David. No vacila el primero en alimentarlo con los panes sagrados de la oración y la meditación, de la penitencia y las penosas prácticas de la vida común; y para que luche contra los enemigos de la fe, le ofrece una espada más poderosa que la de Goliat: la espada de dos filos de la palabra de Dios. Al ver Domingo esa arma refulgente, esgrimida con tanta destreza por el Apóstol San Pablo, arrebatada por las manos sacrílegas de los herejes, y recobrada por su Maestro y Pastor, su corazón palpita de santo ardimiento. Templada en el vívido fuego de la práctica de los consejos evangélicos, aguzada de un lado por la devoción á María, del otro por la predicación Apostólica, se manifiesta penetrante á la par que infrangible, y convida á blandirla al joven paladín de las batallas del Señor. Dámela, dice al Obispo de Osma, dámela, por tu vida: ¿dónde podré encontrar otro acero, cuyo temple iguale al de esta espada victoriosa? *Non est huic alter similis: da mihi eum.*

Á narraros, ó mejor dicho á bosquejaros brevemente las espirituales batallas ganadas por Domingo de Guzmán, con la espada de la palabra de Dios, que le entregara Diego de Acevedo y bendijera más tarde el Romano Pontífice, se reducirá el panegírico del insigne Fundador del orden de Predicadores que pienso trazaros con el favor divino y la intercesión de la reina del Sacratísimo Rosario.

AVE MARÍA.

I  
El Señor en sus inescrutables designios, ha permitido que el mal exista siempre en la tierra; pero se ha dignado proveernos de los remedios necesarios, sea cual fuere el aspecto que aquél presente. Uno de los males más graves son esas disensiones entre cristianos, esos errores tocante á la fe, que con obstinación se propagan y se denominan herejías. Y aunque duele al Divino Fundador de la Iglesia que la preciosa vestidura de su immaculada Esposa se vea por ellas desgarrada, permite no obstante, que haya herejías, como las hubo desde el tiempo de los Apóstoles, y aun nos declara expresamente que conviene que éstas existan: *oportet et haereses esse.*

Una de las que más estragos han hecho en el mundo, y se ha presentado en diversas épocas y en varios lugares, bajo mil aspectos y diseminando mil errores, pero causando siempre los mismos destrozos á las almas y á los cuerpos, ha sido la herejía de los Maniqueos. Tan poderosa se alzaba ya en los tiempos del grande Agustin, que aun á esta robusta columna de la Iglesia logró enredar un tiempo con sus lazos tan arteros como fuertes. Vencida mil veces, no murió del todo; y como esos reptiles que se fingen muertos y yacen en profundo sopor durante largos meses, para despertarse más venenosos y atacar por donde menos se esperan, así permaneció latente y oculta en el Oriente, para resucitar

siglos después, en diversas partes de la Europa occidental, tomando varios nombres, según los diversos corifeos que acaudillaban las renacientes sectas, ó las ciudades ó regiones que les daban abrigo.

En donde más estragos causó este monstruo de cien cabezas, fué en el Sur de Francia, y halló nueva cuna en Alby, la antigua Albiga, y se aclimató de tal manera en aquella región privilegiada, que sus adeptos, venidos de la Bulgaria é introducidos (como casi siempre sucede) por una mujer tan hipócrita como infame, se denominaron *Albigenses*. Execrables eran sus doctrinas, y sus obras todavía más odiosas. Confesaban dos principios creadores, uno del bien y otro del mal; admitían dos Cristos, uno bueno y el otro malo; aquél invisible, y éste el que apareció sobre la tierra. Negaban la resurrección de la carne, excluían del cielo á las mujeres, y creían que nuestras almas eran demonios encerrados en nuestros cuerpos. Quien tales doctrinas proclamaba, no es maravilla que rechazara todos los sacramentos, ridiculizara el dogma del purgatorio, abominara y destruyera las imágenes, y declarara ilícito el matrimonio. Como no reconocían una cabeza, cada cual caía en nuevos errores, y se dividían y subdividían en infinitas sectas, unidas entre sí sólo para combatir á la Iglesia.

Aunque no existía aún el arte maravilloso de la imprenta, no se contentaban con la predicación, sino que multiplicaban con asombrosa actividad los códices que encerraban sus funestas herejías, hasta el grado de hacer prorrumpir á San Bernardo en esta gráfica lamentación: Vuelan sus libros en alas de los vientos, y sin que les sirvan de obstáculo fosos ni murallas, penetran en las

ciudades, se diseminan por las aldeas, se introducen en las mansiones feudales. *Volant libri, urbibus et castellis ingeruntur*. Se propina por dondequiera el veneno ya mezclándolo con miel, ya vertiéndolo sin disimulo en la copa en lugar de bebidas saludables: *pro melle vel potius in melle venenum passim omnibus proponitur*. Un Evangelio de nuevo cuño se propone á los pueblos, y arrancando de cuajo aquel único cimiento puesto hace siglos por el Apóstol San Pablo, una fe nueva se predica en contradicción á la de Cristo Jesús. *Novum cuditur populis Evangelium, nova proponitur fides, fundamentum aliud ponitur, præter id quod positum est.*<sup>1</sup>

No era maravilla que, á pesar de tan absurdos dogmas, hiciesen los Albigenses tantos prosélitos. Por una parte afectaban tal santidad, tanta pobreza, tal desprendimiento, tan extraordinaria perfección, que atraían las miradas de todos, y engañaban á millares y millares. Por otra parte, se servían de la violencia y de todas las mañas de una falsa política para destruir á cuantos osaban resistirles. Peores que los sarracenos, según la expresión de Inocencio III, saqueaban, asesinaban, mataban, sobre todo, á los ministros del Señor, y difundían el terror dondequiera que se acercaban. Separaban á los padres de los hijos, á los esposos de las esposas, y seducían á los mismos sacerdotes. Conquistaban pueblos y ciudades, y arrancaban á los vasallos de sus señores. De tales desmanes se quejaba ya en 1177, en el capítulo general de la Orden del Císter, el valeroso Raimundo, Conde de Tolosa, quien añadía amargamente: "Nada pueden ya las censuras eclesiásticas; no es posi-

<sup>1</sup> Ep. 189.

ble encontrar remedio, sino en el brazo secular, en la espada del Estado.”

Para luchar victoriosamente con tales herejes, se necesitaba un polemista, ó mejor dicho una legión de polemistas. Se requería, además, un ejército de valientes guerreros, ó mejor dicho, un hombre superior que infundiese el espíritu cristiano á las cohortes de los señores feudales fieles á la Iglesia. Era, además, indispensable un santo, que con los milagros y la verdadera virtud desbaratase los engaños de aquellos refinados hipócritas. El Señor proveyó á todas estas necesidades, suscitando en el momento oportuno y conduciendo al teatro de la guerra á Santo Domingo de Guzmán.

Una misión diplomática sacó de su diócesi á Diego de Acevedo, y el joven Canónigo acompañó á su Maestro y Pastor á Dinamarca, á Roma y á Alemania. Fué preciso para esto, ante todo, pasar por el Sur de Francia, donde Domingo empezó desde luego á esgrimir contra los herejes la espada de la divina palabra. Inmediatamente le reveló el Señor que aquel era el lugar que le destinaba para ejercitar su celo; y terminada la misión de su Obispo, y obtenida por éste la licencia del Sumo Pontífice para pasar dos años ejerciendo el apostolado fuera de su diócesi, volvió Domingo á la Galia Narbonense, en compañía de su Prelado, y ambos plantaron sus tiendas frente á los tabernáculos de los impíos.

El peligro para la sociedad, para la civilización y para la Iglesia, no venía tan sólo de los herejes armados en el Mediodía de la Francia. Los sarracenos poseían una gran parte de España, é infestaban los mares con sus galeras: ¡ay si les hubieran dado la mano los Albi-

genses! Era fuerza combatir contra ellos del mismo modo que contra los moros españoles ó los turcos de Oriente; y llegado el peligro á su colmo, Inocencio III proclamó la Cruzada ó guerra santa, como ya lo había hecho años antes su predecesor Honorio.

¡Cuán hermoso es ver acudir á la voz del Pontífice, y agruparse en torno de sus Legados, á la flor y nata de la caballería católica! Allí te veo con tus mesnadas, Duque de Borgoña; allí vais con vuestros caballeros, Condes de Nevers y de San Pol. Allí te distingo entre todos ¡oh Simón de Monfort! que á los laureles que has ganado en Palestina vas á añadir los que arrancarás á los herejes de tu patria. También vosotros cabalgáis al frente de vuestras huestes, Prelados á la vez que señores feudales, Obispos de Autun y de Clermont. Aun al anciano San Guillermo, Arzobispo de Bourges, lo veo no lejos de su hermano el de Sens, acaudillando sus legiones; y de generalísimo de este ejército de cien mil combatientes, miro nada menos que al Abad del Císter. ¡Oh tiempos gloriosos de fe y de valor, de caballería y de heroísmo: cuán pequeño se ve á vuestro lado este siglo egoísta y material!

Aunque la Iglesia es santa no todos sus miembros son santos; mucho menos lo son todos los soldados del ejército de la Cruz. Los primeros que vinieron á la gruta de Odolan á alistarse bajo las banderas de David, no eran más que foragidos, cargados de deudas ó perseguidos por la justicia, como nos dice la Escritura: *in angustia constituti, et oppressi ære alieno et amaro animo*: ¿qué mucho que gran número de estos hombres, sin hogar ni